

gacidad y una concreción en la escritura difíciles de parangonar con el resto de la producción de nuestra época y que hablan, con rotundidad, de una maestría profunda.

«Momentos humanos de la III Guerra Mundial» narra el viaje orbital de dos astronautas que contemplan la Tierra mientras filosofan sobre la solemne indiferencia del planeta. Como dioses epicúreos desapasionados y al tiempo tiernos, el narrador sin nombre del relato y su acompañante, el joven Vollmer, son testigos de excepción de un mundo que transcurre ajeno a nuestra locura y a nuestro anhelo. El resultado es un texto devastador por su frialdad y, a la vez, conmovedor por su belleza, un episodio inolvidable acerca de nuestra singularidad como especie y de la relación entre la conciencia humana y el espacio inmenso sobre el que se aplica. Una digresión pascaliana escrita con la sensibilidad del hombre que ha desnudado el átomo.

Por su parte, «La hoz y el martillo» narra cómo un grupo de presos acusados de delitos fiscales recibe noticias del colapso financiero mundial a través de dos niñas convertidas en médiums entre el universo abstracto de la economía y su obscena concreción en forma de vidas dilapidadas. El narrador del relato, que resulta ser el padre de las niñas, encarna gloriosamente un personaje muy querido por DeLillo: un zahorí de la extravagancia humana. Una vez más, leyendo esta pieza se comprende que DeLillo ha estado en lugares que el resto de escritores apenas podemos imaginar. En su prosa se entra como en una biblia atea. Uno escucha, convive con las palabras y decide. El mundo es un lugar diáfano y a la vez ambiguo; la vida no empieza ni acaba, sino que se impone y se interrumpe. Nos queda la literatura, ese expediente inmisericorde acerca de lo que somos y de lo que tememos.

Piratas de ayer y de hoy

El afán de acaparar libros en tiempos en los que leer era un lujo



ROSA SALA ROSE

Hubo un tiempo muy lejano en el que los libros eran objetos caros y codiciados. No se podían bajar de ningún sitio e, incluso, para sacarlos en préstamo había que pagar. En aquella época leer los periódicos en un gabinete privado de lectura costaba cuatro cuartos y consultar tres libros, un real. Leer, en definitiva, era un lujo, y ya se sabe que no hay mejor campaña de marketing que prohibir un bien o ponerlo fuera de nuestro alcance.

Para ilustrar todo esto el escritor alemán **Jean Paul**, coetáneo y rival de **Goethe**, inventó en 1791 un entrañable personaje literario que hoy nos parece sacado de un cuento de **Borges**. Era maestro en la aldea de Auenthal y se llamaba Wutz.

Lo peculiar de Wutz era que había logrado reunir en su casa una biblioteca entera. En ella figuraban los títulos más recientes y las obras más costosas y codiciadas del momento, como la **Fisiognómica** de **Lavater** (cuatro grandes volúmenes ilustrados que valían un Perú) o la última crítica de **Kant**.

Naturalmente, la pobreza de Wutz nunca le habría permitido un dispendio semejante. Lo que hacía este maestrillo era comprar una resma de papel en blanco y hacerse con uno de los pocos libros gratuitos de la época, el catálogo de la gran Feria del Libro de Leipzig. Después apuntaba en mayúsculas cada uno de los títulos y no se levantaba de la silla hasta que había escrito debajo todo el contenido.

El título era el punto de partida, pero podía inducir a error. A veces una reflexión filosófica sobre el tiempo y el espacio se convertía bajo su pluma en un tratado sobre la menstruación femenina. O un libro de viajes por los mares del Sur acababa plasmando la Feria de Ganado de Auenthal. Al fin y

al cabo, el pobre Wutz no había logrado salir jamás de su aldea.

Wutz trabajaba como un poseso para poder apropiarse de todos los libros sin que le pillara el catálogo de la feria del año siguiente. Era agotador. Pero cuando terminaba, encuadernaba cada una de las nuevas obritas y engrosaba con ellas su estantería. Se sentía orgulloso de tener una biblioteca enteramente manuscrita, como las de los antiguos paganos, y le desconcertaba la devoción que sentían los demás por la letra impresa. ¡Como si su primorosa caligrafía no se leyera igual de bien que los tipos de Gutenberg!

Jean Paul, coetáneo de Goethe, inventó un entrañable personaje, el maestro Wutz

En las raras ocasiones en las que tenía la oportunidad de ver el libro original, le sorprendía la desidia con la que habían trabajado los impresores: habían cometido tantos errores que el texto impreso no se parecía absolutamente en nada al texto canónico que, naturalmente, era el que había escrito él. También le irritaban mucho las reseñas que aparecían de pronto en los periódicos. ¿Cómo habían conseguido esos malditos críticos colarse en su casa para leer su **Crítica de la razón pura** a hurtadillas, cuando él siempre mantenía la puerta bien cerrada?

En algo se parecía, sin embargo, el maestrillo Wutz a nuestros lectores de hoy. En el afán acumulativo, por ejemplo. Recientemente mi amigo Jaime me habló de un colega que se vanagloriaba de tener ya 8.000 títulos guardados en su Kindle. Pirateados, por supuesto.

También el entrañable Wutz era, a su manera, un pirata. Eso sí, un pirata al que el saqueo le costaba un esfuerzo.

Un apabullante despliegue de maestría

Jugar en apenas un centenar de páginas con el Golem, **Kafka**, la dictadura brasileña, los judíos y la militancia comunista de principios del siglo XX exige una gran maestría en la construcción de un texto y un conocimiento aplastante de los secretos de la concisión. Introducir, además, una convincente veta de onirismo y pegarle al lector la sonrisa a los ojos—cuando en realidad se está hablando del horror—está sólo al alcance de unos pocos.

El brasileño **Moacyr Scliar** (1937-2011) no es autor muy conocido en España, pero sin duda está amarrado al trono de los elegidos. **Los leopardos de Kafka** (2000) narra las increíbles desventuras del judío Ratoncillo, quien, tras comprometerse a cumplir en Praga una misión que supuestamente ha sido encargada por el propio **Trotsky**, pierde las instrucciones para ejecutar el encargo. Al liarse en improvisaciones, Ratoncillo enreda una madeja tan delirante y opresiva que, años después, aún pondrá en jaque a la Policía brasileña en lucha contra los opositores a la dictadura militar de 1964.



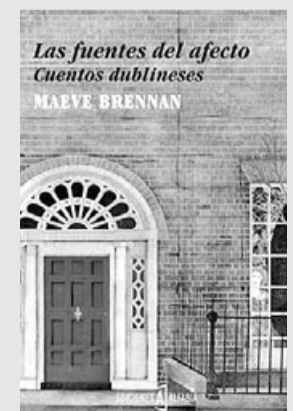
Los leopardos de Kafka

MOACYR SCLIAR
Traducción de Teresa Matarranz
Rayo Verde
124 páginas, 21 euros

Un Dublín de niños, un Dublín de almas vacías

Los lectores avisados y con buena memoria recordarán que la irlandesa recriada en EE UU **Maeve Brennan** (1917-1993) fue autora de una larga serie de columnas que, como latigazos certeros, pasaban implacable revista al Nueva York de los años cincuenta y sesenta. Una selección de esas historias, publicadas en el **New Yorker**, fue traducida el año pasado al castellano como **Crónicas de Nueva York**.

La editorial Alfabet, autora de aquel rescate, da ahora otro paso en el cabal conocimiento de Brennan. Lo hace con **Las fuentes del afecto**, un volumen que, junto a la extraordinaria novela corta que le da título, aloja una serie de cuentos escritos de 1952 a 1973. Estos relatos, todos con Dublín como epicentro, corresponden en realidad a dos series. Una, más entrañable, se nutre de lo que sin duda son recuerdos de infancia de la autora. La otra, de acentuada veta satírica, deja al desnudo un mundo de estrecheces burguesas en el que los personajes están condenados a la nada. Grande.



Las fuentes del afecto Cuentos dublineses

MAEVE BRENNAN
Traducción de Isabel Núñez
Alfabet
438 páginas, 22,50 euros